

MARIBEL GILSANZ



Escritora y artista plástica. Autora de las novelas *Doble o nada* y *El punto invisible*, publicadas por la editorial La Tertulia de los Martes. Colabora con artículos y relatos en diferentes medios. Imparte cursos de creación literaria en KIIS Consortium y talleres de escritura creativa y poéticas visuales en distintos centros. Ha participado con textos de arte en varios catálogos y como asesora en exposiciones culturales. Sus collages se han mostrado en diversas salas y publicaciones.



INFIDELIDAD

La orden a la que pertenezco es muy austera. Cuando morimos, ni siquiera nos ponen caja. Nos entierran bajo las mismas baldosas del convento, con el hábito, bien estiraditas, y así pasamos a la vida para la que nos hemos preparado en ésta.

Tengo 55 años. En estos momentos ni siquiera sé en lo que creo. Es difícil una vuelta atrás. ¿Dónde ir? ¿A qué mundo incorporarse en la sociedad fuera de la protección de estos muros? Currículum: monja. ¿Dónde me contratarían? ¿Cómo podría ganarme la vida? Sin contar con el desfase de costumbres y pensamiento con el resto de la sociedad. Ya me he resignado a estar aquí para siempre. Resignación no es una palabra tan dura como pueda parecer. Por otra parte, las hermanas son mi familia. Refugiada en lo que los psicólogos llaman «zona de confort». Ese lugar que, aunque a veces resulte insoportable, proporciona la tranquilidad de lo conocido. He asumido mi destino entre estas cuatro paredes de clausura. Hubo un tiempo en que fui más joven y la duda, la tentación de salir de aquí, estuvo a punto

de matarme. Entonces, habría tenido más posibilidades de reincorporarme al mundanal ruido, pero tenía más fe y más miedo aún que ahora.

En este monasterio hay una excelente biblioteca. Se encarga de su mantenimiento y actualización un generoso mecenas. Sólo puso una condición: que la biblioteca no se sometiera a las rigurosas leyes habituales de los conventos de clausura. Desconozco la razón por la que consiguió convencer al obispo de todo esto. Nosotras debemos obediencia al obispo. En aquella época, en la que me encargaba de la sala de libros, estuve a punto de colgar mis hábitos. El contacto con el mundo de fuera provoca tentaciones, ofrece miles de posibilidades para la renuncia. Sobre todo, por el dichoso voto de castidad. Tal vez resulte raro leer ciertas expresiones de una monja. Pero una monja es una mujer. Y más aún si ha sido bibliotecaria y allí ha leído de todo, y allí ha navegado por internet. Y allí, ha vivido. Una monja con una especie de doble vida. Con su congregación sus costumbres habituales: la oración, el estudio, la repostería, la costura... Y, en los horarios de biblioteca, la vida menos regulada, las sorpresas.

Empezaré más atrás, antes incluso de entrar aquí. Mi vida no parecía estar destinada a la clausura. Tenía una tienda de ropa para bebés que funcionaba muy bien y cuyos clientes despertaban continuamente en mí los deseos de ser madre. Incluso tenía un novio con el que iba a casarme. Ya estábamos buscando piso. Sin embargo, la casualidad quiso que antes de encontrarlo viniera aquí a pasar un fin de semana para hacer unos ejercicios espirituales que me habían recomendado. Siempre es la casualidad, quiero decir la manera en la que nos agarramos a ella, la que modifica nuestras vidas. Todavía no sé que me pasó exactamente. Sólo recuerdo que, ese fin de semana, me olvidé por completo de mi novio, de la tienda de ropa, de todo. Una tranquilidad mental desconocida me hizo sentir que ese era el sitio donde quería pasar mi vida. Ahora sé que es imposible saber

en un fin de semana donde quieres pasar tu vida. Sólo puedes saber donde querías pasar un futuro corto, inmediato. Pero la vida cambia a cada paso, los deseos se transforman más rápido que una misma y que las condiciones vitales.

Acostumbrada a una existencia confortable y a cierto sibaritismo, de repente, me vi abandonándolo todo e instalándome aquí. Vendí la tienda a los empleados por un precio simbólico. Rompí con mi novio. Todavía se pregunta qué me pasó. Y me vine a vivir aquí, lejos de las comodidades que conocía, de mis ropas de moda, mis peinados a la última...

Nada más llegar tuve que encargarme de la limpieza de las vacas. Me parece increíble la rapidez con la que me acostumbré a manejar las basuras de los animales. Yo, que me encontraba cerca de padecer un trastorno obsesivo-compulsivo, tal era mi comportamiento con los gérmenes. Al poco tiempo, recogía y transportaba los excrementos de los animales de nuestra pequeña granja con una alegría desconocida. Los sabañones en los pies, ocasionados por el frío, contrastaban con la sonrisa de perpetua felicidad que mostraba mi rostro. Estaba donde quería estar. Pero, en mí, saber donde quiero estar no parece ser algo duradero.

Desde niña tengo vicio con la lectura. La impresionante biblioteca no tardó en seducirme de manera diabólica. Me escapaba cada minuto que podía y devoraba todo lo que caía en mis manos. La abadesa se dio cuenta rápido de mi facilidad para el estudio y pensó que lo correcto sería que me dedicase a ello. De nuevo, la obediencia. No me pregunté qué prefería. Abandoné mis labores en la granja y el huerto y estudié dos carreras: teología y filosofía. Tal como me aconsejó la abadesa, pensando que mi estudio era lo que podía aportar más beneficios a nuestra comunidad. Eso me permitía salir de vez en cuando del convento. El resto de hermanas sólo salían el día del cumpleaños de la abadesa que, como era en verano, lo celebrábamos en el campo, en el río. Ese día organizábamos gran algarabía metiendo las

piernas en el agua, salpicándonos y jugando como niñas. La abadesa murió y la actual cumple años en invierno. Ahora, ese día de fiesta, damos un paseo por un parque cercano y regresamos al convento. De todos modos, las normas en estos momentos son menos rigurosas y salimos al exterior en más ocasiones.

Un día le comuniqué a la abadesa que estaba cansada de los estudios oficiales, que quería profundizar en estudios literarios relacionados con temas religiosos de manera autodidacta. Ella accedió a cambio de que, a la vez, me encargase de la biblioteca. Así fue como conocí a Manuel. Era psicólogo y durante un año estuvo viniendo cada día a investigar. Trabajaba en el análisis de obras literarias en las que las creencias religiosas hubieran causado la desgracia de los protagonistas.

Lo primero que le hizo gracia de mí fue mi nombre: Marifé. Le parecía que mi destino ya estaba escrito en él y se sentía tentado a romperlo. Enseguida entablábamos infinitas conversaciones que sólo las obligaciones conseguían terminar:

—No se puede obedecer tan fielmente al destino.

—¿Tú siempre intentas escapar a lo esperado?

—¿Dónde queda la libertad personal? ¿La capacidad de decisión? ¿Ser artífices de la propia vida?

—Te pones muy filosófico.

—¿Tú no has estudiado filosofía?

—Sí, pero pretendo que la filosofía me ayude a vivir, a tomar las decisiones que soy capaz de tomar, no las que me resultan imposibles. Soy obediente y obedezco. Y me sienta bien.

—¿Estás segura? Ningún esclavo puede sentirse bien.

—¿Te parezco una esclava?

—Sí.

Las conversaciones estaban acompañadas por gestos con mezcla de ternura y agresividad. La agresividad provocada

por la intención de contener el deseo que se produjo desde el principio.

Así un día y otro hasta que desapareció esa tensión, al suceder lo inevitable. Acababa de cumplir cuarenta años. Una edad a la que muchas mujeres viven una especie de segunda adolescencia. Él tenía treinta y cinco, aunque parecía mayor. La clausura conserva bien la piel, a pesar de este aspecto blanco, enfermizo. A él mi piel de monja creo que le excitaba. Mis intentos de mantener intacta mi virtud, también. Cada vez que hacíamos el amor le decía que sería la última. Pero siempre había una siguiente, aprovechando momentos en que nos quedábamos solos y buscábamos intimidad en las zonas donde estaban los libros más protegidos, los que sólo se prestaban solicitándolos con días de antelación. Desnuda, sólo el hábito en el suelo recordaba mi condición. Aunque no siempre había tiempo para quitarse la ropa. A Manuel le proporcionaba una imagen de libertad inigualable que mantuviese el hábito puesto, debido a su obsesión por erradicar la represión sexual de la vida religiosa.

Mis remordimientos de conciencia eran atroces, aunque no conseguían protegerme del deseo, de la tentación de la carne. Él compadecía mi tormento y me recomendaba libros para ayudarme, que guardaban relación con la temática de su ensayo: *El infierno de la represión*. Me pasó un libro de André Gide: *La puerta estrecha*. Cuando leí el libro lloré como una Magdalena con la suerte de la protagonista, a quien su puerta estrecha, su empeño en mantener intacta su virtud, había llevado a la muerte. Gide, alguien que había experimentado en carne propia la represión del deseo, su posterior consumación, las consecuencias de las transgresiones, el daño producido a terceros... Quizá sólo después de haber vivido experiencias dolorosas pueden escribirse historias lo suficientemente hondas para que parezcan verdaderas.

Él quería hacerme creer que podía ser una buena religiosa sin tener que mantener el voto de castidad. Decía que

por encima de todos los lugares a los que pertenecemos está nuestra propia capacidad de pensamiento, que no debemos someternos a todas las reglas, sino decidir de manera inteligente lo que es sensato y lo que no. No le servía de mucho. Mi sentimiento de culpa estaba demasiado asentado. Empecé a sentirme extraña con las hermanas. A pensar de que mi secreto me expulsaba de cualquier derecho a ser una de ellas, a gozar de su confianza.

Maldita tortura. Me encontraba tan atormentada que me sentía demasiado susceptible. Si él decía que se salía al aire fresco pensaba que se refería a mí, a que mi aire estaba viciado, y en verdad lo estaba.

Llegó un momento que me acostumbre a vivir con el secreto. Entonces empecé a plantearme si debía cambiar de vida, ser coherente, dejar el convento. Comencé a vivir una nueva forma de martirio, la angustia provocada por las dudas atroces.

Manuel, a veces, parecía estar experimentando. Recogiendo notas de mis sentimientos para su trabajo. Un buen profesional nunca descansa. Y, claro, tampoco investigaba sólo a una monja reprimida. Existían otras mujeres. Mujeres con las que podía ir al cine, cenar en restaurantes, salir a bailar. Sospechaba que la pasión de nuestros encuentros acabaría pronto y quería prepararme para ello. ¿Cómo se prepara una persona para ser abandonada? ¿Abandonando? No tenía la fuerza suficiente para hacerlo.

Nada es eterno. Manuel terminó su trabajo. Publicó su ensayo. Ya no tenía motivos para visitar esa biblioteca concreta, donde una de las donaciones del mecenas había hecho que existiera esa impresionante sección de libros de literatura relacionados con la temática religiosa.

Continuó yendo un tiempo, de vez en cuando. Luego, de tarde en tarde. Hasta, poco a poco, desaparecer. La vida fuera del convento marcha más deprisa. Aquí un sen-

timiento puede durar mucho, en la calle no hay tiempo. Se suceden los estímulos a demasiada velocidad.

Hace poco recibí noticias tuyas. Una carta en la que me decía que había tenido una hija a la que había llamado Manuela, que, de no haber sido porque mi nombre iba en contra de sus principios, tal vez la habría llamado como yo. Supongo que era una manera de decirme que había sido alguien importante en su vida. Le respondí diciendo que mejor así, que llevar la fe en el nombre es demasiado peligroso si no te interesa el cielo. Se notaba en las dos cartas que seguíamos teniendo facilidad para ser cómplices, que podríamos haber seguido transgrediendo reglas de volvernos a ver.

Mi vida ahora transcurre tranquila. Cada día sé lo que voy a hacer minuto a minuto. Sólo la lectura me ofrece sorpresas. La lectura y, a veces, la escritura como medicina, como salvación de la monotonía. No quiero preguntarme si de verdad creo o no. Sigo mis rituales. Me digo que es imposible no creer, pues siempre hay una forma de creencia a la que podemos agarrarnos relacionada con las definiciones. Si no creo en Dios tal como me lo han presentado, puedo creer en un concepto que signifique que lo construimos entre todos y lo que aquí hacemos. Mi vida está entregada a los demás, no sólo a través de la oración. Con nuestro trabajo y gracias a la austeridad con la que vivimos ayudamos a mucha gente. Conformarse. Resignarse. Estar tranquila. Satisfacer a los demás con nuestras ayudas materiales y espirituales. Y con una repostería deliciosa.

